

REFLEXIONES

Inspiración y talleres literarios

■ A Dios gracias, cada día escucho menos nombrar la palabra inspiración en los círculos literarios. Por mucho tiempo, la gente ajena a la literatura creyó que el escritor era un personaje que, de pronto, era visitado por las musas, lo que lo compella a llenar y llenar cuartillas. Si se veía a alguien que tuviese fama de escribir cuentos, novelas o poemas, estar distraído, de inmediato se le disculpaba diciendo: "Está inspirado", y se esperaba el mágico milagro que la inspiración se concretara en una obra literaria. Lo peor del caso es que he conocido a muchos sedicentes escritores que, también, esperaban inútilmente el milagro y consumieron parte de su vida en tal espera.

Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta romántico de las famosas "Rimas", describe en qué consiste la inspiración:

Locura que el espíritu
exalta y enardece;
embriaguez divina
del genio creador...
¡Tal es la inspiración!

A contraposición de los europeos que siempre estuvieron pendientes del momento de la inspiración literaria los norteamericanos con su consabido pragmatismo decidieron prescindir de esta "embriaguez divina" y crearon los talleres literarios. Siguiendo la premisa de su connacional Edison, de que el genio es un 1% de inspiración y un 99% de transpiración, pensaron que el oficio de escribir era como cualquier otro, que necesitaba una práctica constante, una disciplina rigurosa y el contacto de los aprendices con un maestro. El método, que causó escándalo, terminó dando resultados. Pocos son los escritores norteamericanos de nombradía que en su juventud no estuvieron afectos a la rigurosidad de esos talleres o a las clases de composición literaria que se dan en las universidades.

Entre nosotros, en la época que la Universidad de Concepción tuvo la excepcional rectoría de David Stitchkin, se iniciaron los talleres literarios en medio del escepticismo y hasta la ironía de los escritores nacionales. Sin embargo, el experimento dio sus frutos, nacieron y murieron nuevos talleres y hoy, nuevamente, con auspicio oficial están trabajando. La idea matriz que hay tras ellos es que la literatura es un oficio y, como tal, quienes pretenden formarse en ella deben practicarla constantemente, no esperar la inspiración, sino aceptar el desafío que siempre impone la página en blanco.

Es cierto que, como sucede con todo arte, un escritor no puede ser hecho si carece de materia prima; pero, si la tiene, la ayuda que le significa trabajar disciplinadamente con la asesoría de un escritor de experiencia es importantísima. En el hecho, se aplican en estos talleres las mismas normas que regían en el campo de la plástica, en el Renacimiento, los talleres de los pintores donde se formaron tanto genio que contribuyeron al patrimonio cultural de la humanidad.

Si la tal inspiración existe, no es posible que ella sea esperada pasivamente, hay que salir a su encuentro y provocarla y, la mejor forma para ello, es el trabajo perseverante.

Cuando se consulta a cualquier escritor de nota sobre su forma de trabajo, todos contestarán que tienen —como un oficinista cualquiera— un horario para escribir del que no se apartan jamás. Y es que ellos han comprendido que, tras el oficio de escribir, de urdir ficciones y componer versos, nada de mágico existe, sino el talento puesto en movimiento por la disciplina.

Por eso hay que felicitar la feliz iniciativa de volver a poner en vigencia entre nosotros los talleres literarios.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA